

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 9 de Junio de 1895.

Núm. 268.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y ofeinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

No siempre se refleja en un artículo el verdadero concepto de un asunto, y menos aun, el estado de ánimo de quien lo escribe.

Pocas veces se desliza la pluma á impulsos de los latidos del corazón y de las francas ideas que fluyen de la inteligencia.

Generalmente, se escribe en un tono determinado sobre un asunto no menos determinado.

Esto es difícil; pero hay escritores tan sensibles y... tan flexibles, que cada asunto les impresiona en el sentido de una conveniencia, y naturalmente, sus conceptos é ideas, sus juicios y apreciaciones, resultan conformes con el conveniente fin que se proponen.

Con todo, perfectamente se distingue lo espontáneo y natural, de lo forzado y artificioso.

En todos los casos y en todos los tonos, lo que cuesta más trabajo es principiar.

El principio de este Palique queda hecho, y si es malo, se parecerá á los que adornan á muchas distinguidas gentes.

Indudablemente, no hay principio peor que el que sirve mi patrona á un servidor de ustedes y demás compañeros mártires.

La idea constante que absorbe la mente de gran número de habitantes de nuestra bella é ilustrada ciudad, son las corridas de toros.

Los héroes del día, la gente de coleta.

Salimos por lo menos á corrida semanal. Creo que no se puede desear más.

Tengo yo un amigo que tiene cara de sacristán místico, y sin embargo, se ha dejado el pelo de cara al público y usa una camisa más encarnada que un tomate.

Hay quien no cabe de orgullo porque se honra con la amistad de

«El Terrible», quien ya no saluda á sus antiguos amigos desde que tomó café con «El Atún» y quien es capaz de hablar de tu al obispo porque se tutea con «El Alcornoque».

Conozco á uno que guarda como preciosa reliquia, y en un bonito cuadro, una zapatilla vieja de «El Maera», y á otro, que conserva en otro idem una oreja de un toro muerto por «El Mancheguito».

A mi me gustan los toros, pero no sueño con ellos.

¡Dios me libre de los cuernos!

En nuestro bonito Circo está funcionando una buena compañía dramática, en la que figura la distinguida primera actriz Amparo Guillen.

Dicho coliseo se vé sumamente favorecido y aplaude con entusiasmo á la modesta compañía.

Ya han llegado los días temidos por los estudiantes.

Juanito Gonzalez ha obtenido la nota de sobresaliente.

Por el contrario, el año pasado fué calabaceado por partida doble.

Perdidamente enamorado de una linda chiquilla, que ni le correspondía ni dejaba de corresponderle, descurrió los estudios.

Llevaba siempre en el bolsillo una carta en que declaraba su amor, con objeto de entregársela, aprovechando la primera ocasión.

Al entrar un día en la iglesia tuvo la deseada ocasión; pero ¡oh triste fatalidad! la carta que creyó haber entregado por su propia mano estaba en el bolsillo, y la papeleta de examen en la que constaban las notas de suspenso, se le había perdido.

Por la tarde, al pasar por bajo el balcón de la niña, vió una manecita, la divina manecita de su ídolo que soltaba un papel.

Era la papeleta de examen.

A. Lorenz y Bueso



—¿Irás á los toros, Juana?
—Iré con quien tú ya sabes.
—¿Y después?
—Después iré con él... á cualquiera parte.

CANTARES

Madre, madre yo no quiero que me separen de tí, ¡por qué mi cuerpo se llevan, si el alma se queda aquí!

Las rosas que ayer te dí, hoy se deshojan marchitas. Es clare, vieron tu cara, y se murieron de envidia.

El retrato que tienes, está mal hecho, que el mejor yo lo guardo, dentro del pecho.

Tú cantas y canto yo, y al nacer nuestros cantares, como suspiros del alma, se confunden en el aire.

Me dices que esos pichones, ayer nacieron besándose; ¡ojalá que nos muriéramos como los pichones nacen.

Mira tú qué tonterias; las que anteanoche soñé: que al fin no me querrías, y que yo no te querré.

No pases más por mi lado, que es muy fácil que me olvide de lo mucho que he jurado.

Narciso Diaz de Escobar.

Dios aprieta, pero no ahoga

I.

No encuentro una idea aceptable, un recurso que me salve, una solución á este problema. ¡Pobre vieja! Las fuerzas le fatan, la vida se escapa de su cuerpo. El médico lo ha dicho; necesita medicinas costosas y alimentos que le volverán la salud, y eso parece una sangrienta burla. ¡Dónde lo hallaré yo, pobre costurera, desgraciada criatura que carezco de pan que llevar á mis labios, de objeto que vender, de lágrimas en los ojos que los dolores secaron! ¡Dios mío! qué va á ser de mí: de mi madre, pobre anciana...!

Me vuelvo loca.

¿Dónde acudir? ¿Dónde buscar, si la voz del que pide se ahoga, y el llanto del desvalido lo apaga á veces sonora carcajada?

—¡Qué! ¿Me llamas?

—¿Qué dices, mamá... te sientes mal? ¿Las medicinas? ¡Ya van á traerlas!...

(¡Pobre, si supiera que aún no so ha encendido la candela! ..)

¿Qué?... ¡quieres caldo! ..

¿Qué á dónde voy? No lo sé. ¿Qué hago? ¡qué sé yo! Pero tú quieres caldo, tú tienes hambre, y has de comer, adiós, adiós... hasta luego...

II.

—Si... ya estoy en la calle... pero ahora ¿qué hacer? ¡Qué fría está la noche! La luna se esconde trás las nubes oscuras y tenebrosas, como un fantasma.

¡Mi madre! Yo necesito llevar pan á mi madre aunque diera mi vida por ello ¡la quiero tanto! Sin ella ¡qué sería de mí.

Una mujer joven y sola. ¡No quiero pensarlo!... Las nueve, no sé por qué ese reloj me hace daño... Y mi madre estará esperando... Aquí no me ven el rostro... así sera menos mi vergüenza...

—¡Caballero! una limosna...

—¡Dios mío! ¿qué ha dicho? He creído oír una blasfemia horrible, una palabra que me hace daño...

La noche avanza... y es preciso volver á mi casa, pero antes necesito llevar algo á mi madre que tal vez agoniza.

¡Qué es esto! ¡una cartera!

¿A ver? Dios mío, será posible...

Billetes... con ellos habria para comprar las medicinas. De quién será... aquí hay una tarjeta.

Si, del caballero que no quiso darme una limosna; que manchó sus labios con una palabra harto grosera. No, no lo quiero... ese dinero me mancha las manos... ¡Mi madre!... Es verdad, ella es antes que todo... Pero...

